

S.L.
caja 1
10

CARTA PASTORAL

que el Excmo. é Ilmo. Sr.

OBISPO-PRIOR DE LAS ÓRDENES MILITARES

DIRIGE

AL CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESIS

CON MOTIVO

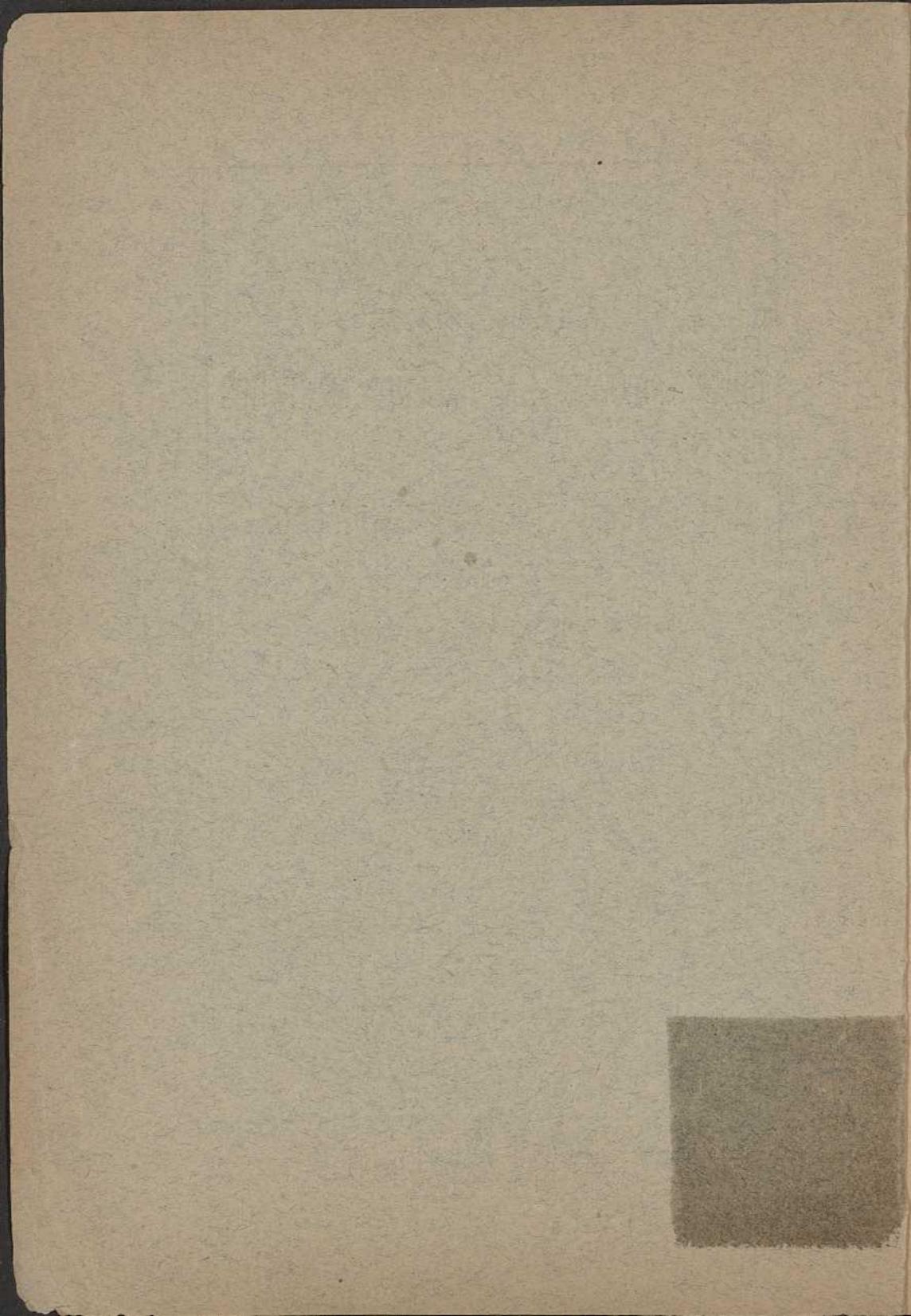
DE SU ENTRADA EN LA MISMA

CIUDAD-REAL

IMPRESA DE RAMÓN CLEMENTE RUBISCO,
CALATRAVA, 10.

1899

L.C.
-10



CARTA PASTORAL

que el Excmo. é Ilmo. Sr.

OBISPO-PRIOR DE LAS ÓRDENES MILITARES

DIRIGE

AL CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESIS

CON MOTIVO

DE SU ENTRADA EN LA MISMA



CIUDAD-REAL

IMPRESA DE RAMÓN CLEMENTE RUBISCO,

CALATRAVA, 10.

1899



R. 31841



NOS EL DR. D. CASIMIRO PIÑERA Y NAREDO,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Dora,
Prior de las Cuatro Ordenes Militares, Caballero de la de Montesa,
Gran Cruz de Isabel la Católica, etc.

*Al Excmo. Sr. Deán y Cabildo Prioral, Arciprestes,
Párrocos y demás Clero, á las Comunidades Religiosas y
á todos los Fieles de esta nuestra Diócesis,*

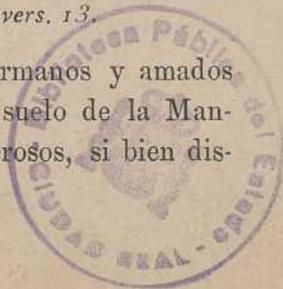
salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

*Accipite armaturam Dei, ut possitis resistere
in die malo, et in omnibus perfecti stare.*

Eph. VI. 13.

Tomad la armadura de Dios, para que
podais resistir en el día malo y manteneros
perfectos en todo.—*Carta de S. Pablo á los
fieles de Efeso, cap. VI. vers. 13.*

Al volver á pisar, venerables hermanos y amados
hijos nuestros, este nunca olvidado suelo de la Man-
cha, dos sentimientos fuertes y poderosos, si bien dis-



tintos y hasta casi encontrados, han surgido en nuestro pecho: uno de alegría, de temor el otro.

Nos alegrábamos y dábamos del fondo de nuestra alma infinitas gracias á Dios, porque nos proporcionaba el grato consuelo de volver á este religioso y noble país, donde habían transcurrido nuestros mejores años y porque nos destinaba al cultivo de esta viña en la que, si bien en la modesta esfera de simples operarios, habíamos trabajado con el más vivo interés. Nos era altamente grato ver tantas personas conocidas; apretar la mano y estrechar sobre nuestro corazón tantos queridísimos amigos; observar retratados en todos los semblantes, desde que atravesamos los límites de esta diócesis y provincia hasta que llegamos al término de nuestro viaje, el contento, la satisfacción y el entusiasmo.

Nos atemorizaba la consideración del gran peso que íbamos á echar sobre nuestros hombros, formidable aún para naturalezas tan superiores como las de los ángeles, según la gráfica expresión del Concilio de Trento (1). Observando nuestra pequeñez, nos veíamos desprovistos de las condiciones que el Apóstol exige para el cargo Episcopal. Al enumerarlas, empieza diciendo: *es preciso que el Obispo sea irrepreensible* (2). Sólo con esta palabra, observa San Juan Crisóstomo exponiendo este pasaje, *expresó todas las virtudes, pues el que toma sobre sí el cargo de regir á los demás, debe sobresalir con tanta gloria de virtud que, como el Sol, oscurezca en cierta*

(1) Ses. VI. Cap. 1. De Ref.

(2) I. Tim. III. 2.

manera con su fulgor la luz de las estrellas. Por esto un eminente Prelado exclamaba: «Rogad por mí, hermanos, porque la carga que se me ha impuesto es muy grande: casi imposible de llevar. El regir almas racionales sólo es propio de Pedro, de Pablo y de otros varones semejantes» (1). Del Aguila de Hipona se refiere que «al verse ordenado de Sacerdote, derramó abundantes lágrimas, no precisamente por el grado en que ya se hallaba, sino por verse amenazado de los muchos y grandes peligros que lleva consigo el último y supremo grado del Sacerdocio, que él con su gran penetración veía con miedo aproximarse» (2). No es extraño este llanto en quien escribiendo á su amigo Valerio, le decía: «Nada hay en esta vida, especialmente en estos calamitosos tiempos que atravesamos, tan difícil, tan lleno de afanes y de peligros como la dignidad episcopal; ni nada hay más triste, ni más desgraciado, ni más reprehensible ante los ojos de Dios, si se ejerce con descuido y negligencia» (3).

Es verdad que este cargo no era nuevo para Nós, pues hace tiempo que lo veníamos desempeñando; pero las circunstancias eran muy diferentes. En el Obispado de Barbastro la silla episcopal había estado vacante cerca de medio siglo, y aun cuando había sido ocupada por eminentes Prelados, quedaban pocos diocesanos que hubiesen sido testigos de sus grandes virtudes. En cambio

(1) Mosc. In Prat. Spirit. Cap. 149.

(2) Posidius in vita August.

(3) Aug. Epist. 148 ad Valer.

en este Territorio Prioral, ¿quién no lo ha sido de la actividad, celo, energía, prudencia, caridad y abnegación de los tres ilustres varones que nos han precedido en el ministerio Episcopal? Nadie como Nós que hemos merecido su confianza, y que hemos sido honrados con distinciones y cargos que nos permitían conocer á fondo sus eminentes cualidades, puede comprender la dificultad de llenar el gran vacío que dejaron.

Mas designado, cuando menos lo esperábamos, para tan difícil empresa, creimos ver en ello la expresión de la voluntad divina, que ordinariamente se manifiesta por medio de los Superiores gerárquicos; y temiendo contrariarla y alejar de nuestra persona la protección del Cielo, que siempre favorece á los que escuchan y siguen con fidelidad su llamamiento, confiados en ella y en vuestra docilidad y religiosos sentimientos, nos animamos á aceptar el encargo de continuar, en la medida de nuestras débiles fuerzas, la obra que con tanta gloria habían empezado y llevado á gran altura aquellos dignísimos Prelados.

En cumplimiento de uno de los deberes á él anejos, os dirigimos, venerables hermanos y amados hijos nuestros, esta primera Carta Pastoral, en la que, tomando ocasión de las gloriosas milicias llamadas Órdenes Militares, cuyo glorioso nombre lleva este Priorato, os hablaremos de la obligación de luchar contra los enemigos de nuestra alma, de nuestra religión y de nuestra patria.

I.

En todos tiempos nuestra querida España, merced á la riqueza de los metales preciosos que encierra en su seno, á la abundancia y delicadeza de sus frutos, á la benignidad de su clima y á la hermosura de su cielo, ha despertado la codicia y la concupiscencia de otros pueblos, que aprovechando la ocasión favorable á sus ambiciosos intentos, y empleando casi siempre medios indignos, lograron ejercer sobre ella durante un periodo de tiempo más ó menos largo su dominación. Algunos, uniéndose en lenguaje y en creencias al país conquistado, se identificaron con él, formando el antiguo pueblo español, que en época no lejana y con la unión de las coronas de Castilla y Aragón llegó á ser una nación grande, rica y poderosa. Otros, empero, como los hijos de Mahoma, se negaron á esta fusión, manteniendo su lenguaje, sus costumbres, sus creencias, su gobierno y hasta su indumentaria; siendo constantemente un elemento extraño y perturbador. España hubo de sostener con ellos empeñada lucha, y sólo después de siete siglos desde su invasión logró arrojarlos de la Península.

De aquella época arrancan, como todos sabeis, las Órdenes Militares, que enriquecieron con inapreciables timbres de gloria nuestra historia patria. Hé aquí como describe su origen un ilustre historiador contemporá-

neo: (1) «Poco después de mediados del siglo XII en nuestra España, en esta nueva Tierra Santa donde se sostenía una cruzada perpétua y constante contra los infieles; donde se mantenía en todo su fervor el espíritu, á la vez religioso y guerrero, caballeresco y devoto de los cristianos de la Edad Media, nacen también y se desarrollan otras Órdenes Militares de Caballería, no menos ínclitas é ilustres que las de Jerusalén. Aquí son un venerable Abad y un intrépido Monje los que solicitan del Monarca de Castilla que les encomiende la defensa de Calatrava que los Templarios no se atreven á sostener, y se funda la esclarecida milicia de Calatrava. Allí son unos aventureros, que arrepentidos de la vida de disipación que habían llevado, piden al Rey de León que les permita vivir en austera y penitente asociación como religiosos, y en constante guerra contra los enemigos de la fé, como soldados de Cristo, y se instituye la insigne Orden de Caballería de Santiago. Allá son vecinos y Caballeros de Salamanca, que deseando combatir á los moros de las fronteras, hacen su primera fortaleza de una ermita, y constituyéndose en comunidad religiosa y en milicia guerrera, establecen la Orden de San Julián del Pereiro, que más adelante toma la denominación de Alcántara. En otra parte es un ínclito Monarca de Aragón, que viendo amenazados sus dominios por la proximidad de los sarracenos que no perdonan ocasión de hacer correrías, causando

(1) Lafuente, *Histor. gen. de España*, part. II. lib. II. cap. 13.

inmensos daños y cometiendo terribles crueldades, obtiene del Romano Pontífice Juan XXII que se extiendan á Valencia y Aragón los beneficios que á Castilla venía prestando la Orden de Calatrava, y se funda á este fin la de Montesa, cuyas glorias, corriendo el tiempo, se aumentan con la agregación de la antigua é ilustre Orden aragonesa de San Jorge de Alfama.

Estos fervorosos cristianos comienzan por reunirse en religiosa y monástica asociación para vivir bajo las austeras reglas de San Agustín ó del Cister; mas como la vida ascética, contemplativa y apacible del monaquismo no corresponda ni al espíritu activo y caballeresco de la época, ni á las necesidades de España y del siglo, los monjes y penitentes profesan también de guerreros; se constituyen en libertadores de su patria, en campeones de la Religión y en incansables combatientes de los enemigos de la Cruz. A la voz de sus jefes y superiores, de todas partes acuden devotos á las casas de las Ordenes y los soldados y gente de armas se apresuran á agruparse en derredor de las banderas de las nuevas milicias. Cumpliendo con las obligaciones del Instituto, donde quiera que hay infieles que combatir, allí se presentan las lanzas de la Caballería sagrada. Auxiliares intrépidos de los Príncipes, dignos rivales de los Caballeros del Templo y de San Juan los de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, sus estandartes conducidos por los grandes Maestres eran comunmente los que primero se desplegaban en las batallas. Ellos pelearon en Extremadura y en Castilla, en Cataluña y León,

en Andalucía y Portugal. Los sarracenos experimentaron el valor de los freires en Badajoz como en Cuenca, en Baeza como en Tortosa, en Lérida como en Monzón. Los Caballeros de las Ordenes enrojecieron con preciosa sangre los campos de Alarcos, y la milicia sagrada recogió laureles envidiables en las Navas de Tolosa. La vista de los pendones de las Ordenes infundía pavor á los musulmanes, y España y la cristiandad debieron servicios inmensos á estos guerreros religiosos.»

«Defendida su alma, en expresión de San Bernardo, (1) con la armadura de la fé, y su cuerpo, no con la del oro que provocaría la avaricia del enemigo, sino con el hierro que le infunda miedo, cuando llegan á la pelea, acometen serenos y confiados á sus enemigos, sin temer, siquiera sean en corto número, ni la cruel barbarie, ni la numerosa muchedumbre. Al verlos, por modo maravilloso y singular, más mansos que corderos y más fuertes que leones, no se sabe si llamarles monjes ó soldados. Verdaderamente á ambos nombres son acreedores, puesto que poseen la mansedumbre del monje y la fortaleza del soldado.» Y nuestro insigne Balme en su incomparable obra: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, les consagra á su vez estas hermosas frases: «Los Caballeros de las Ordenes Militares ofrecen una idea tan hermosa, tan poética; realizan de un modo tan admirable uno de aquellos sueños dorados que desfilan por la fantasía en momentos de entusiasmo, que

(1) Exhort. ad Mil. Templ.

no pueden menos de tributarles respetuoso homenaje todos los corazones capaces de latir en presencia de lo sublime y de lo bello». (1)

II.

La historia y la geografía de esta comarca se identifican en muchos puntos con la historia y geografía de las Ordenes Militares, especialmente de las de Santiago y Calatrava. ¿En qué oído manchego no han resonado estos ínclitos nombres desde los primeros albores de su niñez? ¿Quién en este país no bendice la gloriosa memoria del Santo Abad de Fitero y de su compañero intrépido Fr. Diego Velázquez? ¿Quién no ha escuchado con entusiasmo las heroicas proezas de los Calatravos? Y en cuanto á la primera, aunque nacida en el antiguo reino de León, aquí se establece y se desarrolla y ejerce su poderosa influencia, siendo de ello elocuentes testimonios el célebre convento de Uclés y la extensa Vicaría de Infantes. Por esto sin duda el inmortal Pío IX de santa memoria ha elegido este Territorio para que fuese monumento vivo y glorioso, encargado de perpetuar á través de los siglos la memoria de esas religiosas milicias que tan brillantes servicios han prestado á la Iglesia y á la Patria, y por eso tam-

(1) Tom. III, cap. 43.

bién se le designa en la Bula de erección con el nombre de Priorato de las Ordenes Militares. (1)

Los tiempos han cambiado, y con ellos aquellas singulares Instituciones que forman una de las más brillantes páginas en el grandioso libro de nuestra historia patria; mas los ideales que con tanta abnegación persiguieron tan nobles y cristianos caballeros, en el fondo no han cambiado. Son los mismos ideales que debe perseguir todo buen católico y todo buen español: la virtud, la fe, la patria.

Así como ellos para adquirir la virtud pelearon en la soledad del Claustro contra los enemigos de su alma y para salvar la fe y la patria pelearon en los campos de batalla contra los fanáticos hijos de Mahoma, en mal hora apoderados de España y continuamente engrosados con los refuerzos de sus correligionarios del Africa, llamados por ellos para ayudarles á sostener su impura y degradante superstición y su dominación tiránica, así también si queremos salvar nuestra alma, debemos trabajar todos los que nos preciamos de ser discípulos de Aquel que vino á sembrar en la tierra los gérmenes de las virtudes cristianas, combatiendo sin tregua ni descanso contra los enemigos de nuestra felicidad temporal y eterna; y si hemos de salvar la fe y la patria, preciso nos es luchar con valor contra los enemigos de España que son los enemigos de su fe, de su religión, de sus

(1) Bulla Ad Apostol. Introduct. et parág. 2.º.

creencias, de sus piadosas tradiciones, de lo que constituyó en todos tiempos su alma, su corazón y su vida.

III.

Dios, de quien proceden la justicia, el orden, la paz y la armonía, al constituir al hombre sobre la tierra, hábale rodeado de un ambiente moral y físico en que por modo singular resplandecían tan hermosos atributos. Armonía de la naturaleza con el hombre; armonía del hombre consigo mismo; armonía del hombre con Dios: he aquí el estado en que la inagotable bondad divina había constituido á nuestros primeros padres. Mas al rebelarse el hombre contra Dios, siente que la naturaleza se rebela contra él; que dentro de sí mismo la carne se rebela contra el espíritu, y que hasta la propia razón, hermoso destello del Cielo, (1) se rebela contra la voluntad que había sido el primer funesto anillo de esta fatal cadena de perturbación y desorden.

La sangre de la divina Víctima inmolada en la cumbre del Calvario, así como fué poderosa para borrar el reato espiritual de aquella primera rebelión y de todos los pecados del mundo y para establecer de este modo la paz del hombre con Dios, lo hubiera sido igualmente para restablecerla en las relaciones del hombre con la naturaleza y entre los diferentes elementos de su propio ser, porque *donde abundó el delito, sobreabundó la*

(1) Psal. IV, 7.

gracia. (1). Sin embargo, aun después de ésta, la tierra continuará produciendo espinas y abrojos, y el hombre continuará alimentándose del pan amasado con el sudor de su rostro, y en la carne reinará una ley contraria á la ley del espíritu, y en el mismo espíritu las pasiones inferiores lucharán contra su parte superior, y aún en esta elevada región humana en que se refleja la bella imagen de su Hacedor, lucharán las dos facultades que la constituyen: la razón y la voluntad.

¿Es que Dios, al redimir al hombre, no quiso elevarle á la altura en que le constituyera en su creación? Nó, venerables hermanos y amados hijos nuestros; todo lo contrario: lo que quiso fué elevarle más, hacerle más perfecto, rodeando la virtud con la brillante aureola del triunfo y esmaltando su corona con el incomparable brillo del mérito. *Nada me resta*, decía el Apóstol, *sino aguardar la corona de justicia, que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día, como justo Juez* (2). *Ninguno que combate en la palestra, obtendrá la corona si no la consiguiera en buena lid. El labrador para recoger los frutos, es menester que antes trabaje* (3).

IV.

La primera de las luchas que el hombre habrá de emprender, si ha de cumplir los altos designios de

(1) Rom. V. 20.

(2) II Tim. IV. 8.

(3) Ibid. II. 5-6.

Dios, es la lucha contra la naturaleza para sujetarla. *Creced y multiplicaos*, dijo Dios á nuestros primeros padres después de haberlos bendecido, *y llenad la tierra, y sujetadla, y extended vuestro dominio sobre los peces del mar y las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra* (1). *En tu sabiduría*, dice el Sabio dirigiéndose á Dios, *constituiste al hombre para que fuese señor de las criaturas hechas por Ti, y para que gobierne el mundo en equidad y justicia* (2). Este dominio que antes de la primera prevaricación formaba parte de aquellos dones, llamados integrantes, que sin elevar la naturaleza humana á un estado sobrenatural, la perfeccionaban en su propio ser, después de la caída es fruto exclusivo del trabajo, el cual por otra parte es connatural á la humanidad: *tomó Dios al hombre*, dice el Génesis, *y le colocó en un jardín, para que lo trabajase y custodiase* (3); con la diferencia de que el trabajo de nuestros primeros padres tenía por principal objeto ocupar su espíritu y ejercitar su cuerpo, mientras que el nuestro reviste el carácter de expiación y de castigo.

Adán en el Paraiso trabajaba sin dificultad y sin fatiga, nosotros trabajamos con grandes molestias é incomodidades. Y es porque él trabajaba como libre, nosotros como esclavos; él trabajaba como justo, nosotros como pecadores. Y como quiera que todos lo so-

(1) Gen. I. 27.

(2) Sap. IX. 2.

(3) Gen. II. 15.

mos y por desgracia en alto grado la mayor parte, á todos alcanza la obligación de trabajar, cada uno dentro de su propia esfera.

Hablando nuestro divino Salvador en una de sus parábolas del siervo malo, que nada negoció con el talento que se le confiara, ordena que *sea arrojado á las tinieblas exteriores, donde será el llorar y crujir de dientes* (1); y El mismo, antes de enseñar la obligación del trabajo, lo había practicado (2). Escoge á un obrero para que haga con El las veces de padre, y hasta su propia Madre, la Virgen María, vive del trabajo de sus manos. En torno de su cuna reúnen los pastores de Belén y los sabios del Oriente: unos y otros reciben su bendición, quedando con ella aprobado y santificado el trabajo físico representado en los primeros, y el intelectual que tan dignamente personificaban los segundos. Pobres pescadores fueron los encargados de anunciar al mundo su celestial doctrina, y el llamado Apóstol por excelencia no se desdeñó de ejercer una profesión tan humilde como la de hacer tiendas de campaña, (3) y suya es aquella ruda, pero enérgica y elocuente frase: *El que no quiera trabajar, que no coma* (4).

Para que el trabajo constituya una virtud cristiana, merecedora de la bendición de Dios y de los premios celestiales, es preciso que no tenga por único fin la utilidad exclusiva del que á él se dedica, sino que debe ser frater-

(1) Matth. XXV. 30.

(2) Act. I. 1.

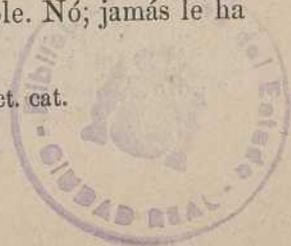
(3) Act. XVIII. 3.

(4) II Thesal. III. 10.

nal, expansivo y generoso. Justo es que el trabajador piense en proporcionarse los medios necesarios para sostener la vida y aun para disfrutar de cierto bienestar material: «Jesucristo, dice muy bien un moderno economista, al morir sobre la Cruz y tomar para Sí el cáliz amargo de sus dolores, no rehusa á sus débiles y poco animosos hijos el aceite y el vino de los goces inocentes». (1) Pero el hombre no vive sólo en el mundo, sino en medio de seres á él semejantes, con los cuales le unen vínculos muy sagrados. Como hijo, debe procurar el sostenimiento de aquellos que le dieron el sér y que con tanto esmero le cuidaron en los primeros años de su vida; como esposo, debe proveer á la subsistencia decorosa de la mujer que el Cielo le ha dado para inseparable compañera en sus penas y en sus alegrías; como padre, debe atender á la educación física, moral é intelectual de sus hijos; y como individuo de la sociedad y miembro de la Iglesia, no debe ser indiferente á la escasez é indigencia de sus hermanos.

Estos lazos de amor y caridad son un estímulo poderoso del trabajo, pues como dice el ya citado autor: «el que está animado de verdadera caridad, persuadido del gran bien que puede hacer con un pedazo de pan, da gran importancia al aumento de un puñado de espigas en su campo». No será tampoco él quien estruje, como el partidario del goce, á sus subalternos, reduciéndolos al menor salario posible. Nó; jamás le ha

(1) Delaporte. Le prob. econ. et la doct. cat.



venido en mientes sujetar á un forzado ayuno á sus obreros para hartar á extranjeros desconocidos. La perspectiva del bien que hará con el producto de un trabajo enérgico y perseverante, le presta alientos y redobla sus fuerzas. ¡Qué de maravillas han obrado y obran todos los días el amor paternal, el amor filial y el amor de los pobres! ¿Quién no ha visto volar la aguja entre las manos de la diligente obrera que sostiene con su asidua labor á sus ancianos padres? ¿quién no ha sido testigo del rudo trabajo del labriego, del viñador y de los demás operarios que dicen: no quiero que falte nada á mis hijos? ¿quién no ha admirado en medio de las epidemias la actividad continua, el incesante desvelo de la Hermana de la Caridad para aliviar innumerables dolores? Sin duda alguna los afectos puramente humanos, la voz de la sangre, los instintos de un corazón generoso fomentan poderosamente el trabajo y lo ennoblecen y dignifican; mas la caridad cristiana, fundada sobre más altos motivos, secunda estos buenos sentimientos, los fortifica y sobrepuja, y extendiéndole á un número mucho más considerable de personas, mejor dicho, á todas, sin exceptuar á los mismos enemigos, le hace más activo, más eficaz, más perseverante, más digno aún y más santo.

V.

Cuando el Apóstol San Pablo, dirigiéndose á su discípulo Timoteo, le exhortaba á que *trabajase como buen*

soldado de Cristo (1), no parece sino que, fijando su penetrante mirada á través de los siglos venideros, columbraba en lontananza esas insignes Milicias cristianas, en quienes, como dice el inmortal Balmes: «Os complaceréis en encontrar bajo la coraza de hierro un corazón lleno de ardor por la religión de Jesucristo; en hallaros con esa nueva clase de hombres, que se consagran sin reserva á la defensa de la religión al propio tiempo que renuncian todas las cosas del mundo. Tan pronto los veréis reunirse en comunidad para levantar al Cielo una oración fervorosa, como marchar impávidos al combate blandiendo la formidable lanza, terror de las huestes agarenas». (2) Reduciéndose sus aspiraciones á disponer de una fortaleza para combatir á los enemigos de su fe y de su patria; de un convento para rechazar los embates de los enemigos de su alma; y de un templo donde pedir á Dios los auxilios necesarios para vencer á unos y otros, podían decir con el Apóstol: *Aunque vivimos en carne, no militamos según la carne* (3): *Cumplimos nuestro deber, luchando como buenos soldados, manteniendo la fe y la buena conciencia.* (4)

Y en esto precisamente, venerables hermanos y amados hijos, se cifraba el secreto de sus grandes triunfos contra los enemigos de la fe y de su patria. Antes de combatir á los demás empezaban por combatirse á sí

(1) II. Tim. II. 3.

(2) El Protestantismo, tom. III. cap. 42.

(3) II. Corint. II. 3.

(4) I Tim. I. 18—19.

mismos. Conocedores *de la guerra que en nuestros miembros mueven las pasiones* (1), suscitando la codicia, la envidia, las pendencias y el amor inmoderado de nosotros mismos, procuraban *abstenerse de los deseos carnales que combaten contra el alma, llevando una vida ajustada* (2). Así también, para que nosotros podamos luchar con ventaja obteniendo la victoria sobre los enemigos, debemos empezar por reconocer nuestras malas pasiones, combatirlas con actos de virtudes contrarias, atacar de un modo especial aquella, que por haberse enseñoreado de todo nuestro ser y habernos convertido en verdaderos esclavos suyos, es conocida con el nombre de pasión dominante; debemos no darles tregua alguna, ni permitirnos el menor descanso en esta lucha continua, tenaz, incesante, persuadidos de que ellas son nuestros más insidiosos y temibles enemigos que empleando la seducción y el halago, nos engañan y nos vencen; nuestros más implacables verdugos que de mil maneras nos atormentan; nuestros infieles consejeros que nos hacen excesivamente blandos y flojos con nosotros y duros y hasta crueles con los demás; nuestros traidores guías que después de envolvernos en la oscuridad, nos conducen á la impenitencia final y por ende á nuestra pérdida y ruina.

VI.

El humano linaje desde que cediendo á la envidiosa sujestión del Demonio se rebeló para desgracia suya

(1) Jac. IV. 1.

(2) I. Pet. II. 11.

contra Dios, viene dividido en dos distintos y encontrados bandos, de los cuales el uno combate por la verdad y la virtud y el otro por el error y por el vicio. Estos dos reinos que, á manera de dos ciudades, se rigen por leyes enteramente contrarias y se hallan animados de sentimientos completamente opuestos, no podían pasar desapercibidos al genio observador de San Agustín, quien con no menor sutileza que brevedad describe así la causa eficiente de uno y otro: «Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial». Durante todo el correr de los siglos contienden entre sí empleando diferentes armas y librando gran número de combates. Acentuóse en gran manera esta lucha desde que sobre una afrentosa Cruz dieron muerte al Hijo de Dios los hijos de Satanás. (1)

A contar de esta época, la más importante de la historia de la humanidad, la Cruz ha sido, según San Pablo, y continúa siendo *escándalo para los judíos y necedad para los gentiles*. (2) Consecuencia de estos sentimientos fueron las terribles persecuciones que en todo tiempo y muy particularmente en los primeros siglos de la Iglesia sufrieron los cristianos. Mas de esa Cruz, por la que eran perseguidos, surgieron torrentes de gracia que cayendo en terreno bien dispuesto, dieron hermosas flores y saludables frutos de virtud y santi-

(1) Encycl. Humanum genus.

(2) I. Corint. I. 23.

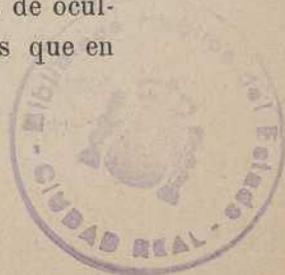
dad. Al contemplarlas; al ver á los primeros fieles caminar al martirio tranquilos, serenos, y con los ojos levantados al Cielo; al ser testigos de su alegría; al escuchar en medio de los más terribles tormentos sus oraciones inspiradas en ardentísima caridad, el desprecio de los gentiles trocóse en admiración, su odio en amor, su soberbia en humildad y doblegando sus altivas frentes, sometieron gustosos en gran parte al suave yugo de la fe. También muchos Israelitas encontraron edificante ejemplo donde antes habían visto pernicioso escándalo, y en todos tiempos la Sinagoga rindió ante su hija la Iglesia el homenaje de varones ilustres, que, arrojando la apretada venda que cubría sus ojos, reconocieron en Jesús al Mesías prometido y anunciado por los Profetas.

Sin embargo, tanto entre los judíos como entre los gentiles, quedaron en el campo enemigo inteligencias orgullosas, corazones corrompidos, voluntades inclinadas al mal y dispuestas por lo tanto á combatir la virtud y la verdad. «En nuestros días, dice nuestro Santísimo Padre León XIII, todos los que favorecen la causa del mal, parecen conspirar á una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los Masones, extensamente dilatada y firmemente constituída. Sin disimular ya sus intentos, audacisimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente á los pueblos cristia-

nos de los beneficios que les granjeó Jesucristo Nuestro Salvador.» (1)

Propónense los directores y jefes de la masonería anular en la sociedad el magisterio y la autoridad de la Iglesia; separar á ésta y ponerla en lucha con el Estado para excluir de las leyes y de la administración pública la saludable influencia de la religión católica; emplear toda clase de medios para destruir por completo la institución divina del Pontificado, para oprimir con leyes excepcionales y vejatorias al Clero y para dispersar y perseguir á las Ordenes religiosas; dejar á sus adeptos en libertad absoluta para admitir ó negar la existencia del mismo Dios, blasfemando su santo nombre y ensalzando el de Satanás; cambiar la naturaleza del vínculo sacramental del Matrimonio cristiano, convirtiéndole en unión instable y pasajera que la pasión hace ó deshace á su antojo; halagar á los príncipes y al pueblo con promesas falsas para engañarlos y hacerlos servir á sus planes de destrucción y de ruina; extraviar la inteligencia de la juventud, valiéndose de profesores que con el pretexto de enseñar la ciencia, se ocupan en atacar y ridiculizar los dogmas de nuestra sacrosanta Religión; fomentar los apetitos desordenados por medio de periódicos, revistas, novelas licenciosas y de toda suerte de halagos sensuales para adormecer la virtud y de este modo corromperla; llevar la ficción al extremo de ocultar sus verdaderos fines á sus mismos adeptos que en

(1) Ibid.



su mayor parte no conocen ni á los jefes supremos de cada fracción, ni ciertas reuniones más íntimas que éstos celebran á espaldas del *vulgum pecus* de la secta, ni los acuerdos que en ella se toman, ni los medios casi siempre infames que se emplean para cumplirlos y exigir á sus afiliados bajo la impresión de terribles amenazas, una obligación ciega y absoluta á la menor señal ó indicación. (1)

VII.

Pero en España procuran hacer más todavía. Por precisión había de ser nuestra patria objeto muy preferente de la malevolencia y del odio de los enemigos de Dios. Jamás le perdonarán haber conservado en su seno intacta é incólume la unidad católica desde los tiempos de Recaredo; ni que creyéndola amenazada por los judíos y por los moriscos, haya tenido bastante energía para arrojarlos de su suelo; ni que exuberante de vida, de poder y entusiasmo religioso, haya enviado sus marinos y sus carabelas á la orden del inmortal Colón en busca de un nuevo mundo donde implantar la fe y la civilización cristiana; ni el haber, en fin, opuesto un dique poderoso á la ola protestante que en el siglo XVI inundó casi toda la Europa. Así fué que cuando se les presentó ocasión propicia para sus depravados intentos, extremaron contra ella sus ataques, no contentándose

(1) Ibid.

con infiltrar en sus venas el veneno de la impiedad y de la corrupción de costumbres, sino apelando á medios violentos que no habían empleado en parte alguna. No hay necesidad de señalarlos por ser de todos conocidos y por hallarse consignados en una extensa obra de un piadoso y sabio profesor de la Universidad Central. (1)

¿Quién ignora la parte importantísima que las sectas masónicas han tomado en la reciente pérdida de nuestras colonias? Respecto á Cuba y Puerto-Rico, hé aquí lo que el autor últimamente citado auguraba después de haber estudiado detenidamente varios hechos relacionados con la masonería. «Si España llega á perder las Antillas, la revolución de Septiembre y las sectas masónicas tendrán la culpa». (2) Y en efecto, en la primera guerra, decía un diario de Madrid de gran circulación, «la red masónica cubría toda la isla y tenía cogidos no sólo á los insulares sino también á muchos peninsulares. Estos, creyendo estar en el secreto, vivían muy engañados.» En el alzamiento de Agosto del 79, continúa, «tuvieron también las logias mucha parte; pero por desgracia de los separatistas y suerte nuestra mandaba en el departamento oriental un general ilustre, hombre previsor, enérgico y muy conocedor del enemigo y de sus artimañas. Sabía cuanto se tramaba y estaba prevenido.» Y por lo que toca á la última que acabó con la dominación española, se expresa en estos

(1) D. Vicente de la Fuente, Historia de las Sociedades Secretas en España.

(2) Ibid. Tom. II. cap. VII.

términos: «las logias han tenido espacio y libertad para preparar la guerra á sus anchas, dividiendo á los peninsulares y embaucando á muchos, aprovechando la ignorancia de los guajiros y la de las autoridades. Así han podido suceder ciertas cosas que nadie se explica hoy, pero que alguien se encargará de explicar mañana.» La explicación podría haberla hallado fácilmente el articulista en las siguientes palabras que él mismo añade: «á los filibusteros nunca les han faltado en Madrid amigos poderosos que les han ayudado con gran eficacia.»

En cuanto á las Islas Filipinas, no pueden ser más terminantes las palabras con que se consigna aquel hecho en un documento por todos conceptos respetable. «Entre todas estas fases y factores parciales de la desorganización social del Archipiélago, á nadie se le oculta que el principal ha sido la masonería. Masónica era la Asociación Hispano-Filipina de Madrid, masones eran en casi su totalidad quienes alentaban á los filipinos en su campaña contra el Clero y contra los peninsulares aquí residentes; masones eran los que autorizaron la instalación de las logias en el Archipiélago; masones eran los que fundaron el Katipunan, sociedad tan capitalmente masónica que aun en el terriblemente sugestionador pacto de sangre, no ha hecho sino remedar á los masones carbonarios» (1). Aquel mismo general que se reía de las continuas denuncias de los frailes respecto á

(1) Exposición de las Ordenes religiosas de Filipinas al Excelentísimo Sr. Ministro de Ultramar. Manila 1898.

los trabajos masónicos contra la madre patria, hubo de confesar poco después en un documento oficial «que se había descubierto una vasta organización con tendencias antinacionales». Y hasta los mismos tribunales de justicia que entendieron en este asunto, han reconocido que tampoco á los tagalos les han faltado en Madrid cómplices y eficaces cooperadores afiliados á la Masonería.

VIII.

¿Habrásé satisfecho el odio enconado que las sectas masónicas tienen á España con habernos arrebatado nuestras ricas colonias, con haber derramado la preciosa sangre de la juventud española y con haber cargado sobre el tesoro nacional una deuda enorme y á todas luces injusta? No lo esperéis, venerables hermanos y amados hijos; precisamente en el mes de Marzo último la prensa periódica ha dado cuenta de una Circular que dirigía á las logias de España la Gran Logia regional Catalana-Balear, en la que se atreve á estampar frases como las que siguen y que revelan á las claras no estar todavía satisfechas con los males hasta ahora causados á nuestra desventurada nación: «Se nos anuncia, dice, una espantosa reacción político-religiosa. El Jesuitismo apréstase á librar la batalla á la ciencia y al progreso desde las esferas del poder. Si no oponemos un poderoso dique á su audacia, es segura la desaparición de España. Deben reunirse todos los liberales, cualesquiera que sean las fracciones políticas á que pertenezcan, para

detener la marcha desvergonzada. La Orden de la Francmasonería, centinela avanzado en el campo del progreso, levanta su enérgica voz y dice á sus hermanos: ¡La patria española está en peligro!; manifestad que no es posible la regeneración de España, si no se reconcentran los liberales alrededor de la Masonería. Despertad, pues; trabajemos más que nunca».

Pero direis tal vez muchos de vosotros: ¿les falta ya nada que hacer con la pobre España? Sí, venerables hermanos y amados hijos; les falta todavía mucho que destruir, y si no les hacemos frente, acabarán por aniquilar lo bueno que aún conservamos. España es la nación más católica del mundo; en la gran mayoría de sus pueblos reinan las cristianas y sencillas costumbres de las generaciones que nos precedieron; en España hay sobrados elementos de riqueza para hacer frente á todas las necesidades, si sus hijos se unen entre sí para el bien y se dedican al trabajo en la forma que prescribe nuestra Religión. Con estas creencias, con estas costumbres y con este hábito del trabajo bien entendido, nuestra patria cuenta con la suficiente energía vital para llegar en un periodo más ó menos largo á la regeneración deseada por todas las almas buenas.

Harto lo sabe la Masonería, y por eso procura arrancarle las creencias por medio de libros y periódicos en que se ataca la Religión y se calumnia á sus ministros; por eso forma especial empeño en corromper de mil maneras las costumbres, valiéndose de los teatros donde se ponen en juego todos los incentivos de las

malas pasiones, de novelas realistas en las cuales se escarnece el matrimonio, fuente de moralidad, y se poetizan el divorcio y toda clase de relaciones torpes é ilícitas; por eso, en fin, es de suponer que verá con gusto y fomentará los centros de recreo, donde se pierde el tiempo, se malgasta el dinero y se debilitan los puros y tiernos afectos de la familia.

IX.

Ya que los hijos de las tinieblas, los enemigos de Jesucristo, de su Iglesia y de la sociedad, prescindiendo de sus distintas procedencias y de sus aspiraciones particulares, se unen en nefando consorcio y mutuamente se estimulan y ayudan á todo cuanto pueda contribuir á la destrucción de la fe católica y á la ruina de España, justo, justísimo es que los hijos de la luz, los cristianos de verdadero nombre, los que sentimos latir dentro de nuestro pecho el santo amor á la patria, formemos apretado haz, no sólo para defendernos de sus embestidas, sino para atacarlos en sus propias trincheras, como lo hizo en otro tiempo la Europa entera por medio de las célebres Cruzadas y como lo verificaron en España, no sólo los caballeros de las Ordenes Militares, sino todos los españoles capaces de empuñar las armas.

En esta obra de defensa y ataque á la vez, en la cual se cifra la salvación de nuestra fe y de nuestra patria, todos debemos cooperar, cada uno dentro de su esfera de acción, obedeciendo á la paternal exhortación del gran Pontífice León XIII. Los Prelados, procurando

que los fieles sean instruídos con todo esmero en lo tocante á nuestros santos dogmas y en las verdades de la moral católica, á fin de que se desvanezcan por medio de la instrucción las tinieblas del error en que muchas inteligencias se hallan sumidas, y sean fortalecidas las voluntades contra los múltiples estímulos del vicio: instrucción y fortaleza más que nunca necesarias en la presente época, caracterizada por el inmoderado afán de escribir y la insaciable sed de leer y enterarse de toda clase de novedades. El Clero, secundando eficazmente por medio del ejercicio de su sagrado ministerio el celo y solicitud de sus legítimos pastores, exponiendo al alcance de los fieles las enseñanzas del divino Maestro y explicando con claridad á los niños el catecismo de la doctrina cristiana. Los jóvenes seminaristas, respondiendo á las miras que sobre ellos tiene la Iglesia, trabajando por adquirir la ciencia y la virtud que tanto habrán menester cuando en su día sean llamados á iluminar la inteligencia y formar el corazón de las nuevas generaciones. Los seglares que reunan en su persona el interés por la religión y la patria con la moralidad y el saber, prestando su valioso concurso en tan religiosa y patriótica empresa con sus obras, con sus escritos y con su ejemplo. Los padres y los encargados de la educación de la juventud, procurando inculcar en ella la religión cristiana y preservarla del aliento pestífero de la impiedad y de la corrupción. Las autoridades, administrando justicia por igual y velando por el bien de sus encomendados. Los súbditos, obedeciendo, *no por temor, sino por concien-*

cia. (1) Los ricos, practicando sin aparato ni vana ostentación la caridad. Los pobres siendo agradecidos á los beneficios que reciben: estableciéndose de este modo esa corriente de amor mútuo entre los diferentes miembros del cuerpo social: bello *desideratum*, inaccesible á todos sistemas inventados por los sabios y de facilísima ejecución para la Religión cristiana, de la cual es su mas legítimo y natural corolario. Y todos en general y muy particularmente las vírgenes consagradas al Señor en los claustros y en los establecimientos de caridad, implorando el divino auxilio en la medida é intensidad que reclaman la inminencia del peligro y lo crítico de las circunstancias.

Sí, venerables hermanos y amados hijos, unámonos todos en estrecho lazo de obras y de oraciones, levátemos á Dios las manos en actitud suplicante, y con gemidos que arranquen del fondo de nuestras almas pidámosle que florezca con nuevo vigor la religión cristiana; que goce la Iglesia de la necesaria libertad; que vuelvan al redil las ovejas descarriadas; que cual á otro Saulo, cuando *sólo respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor*, (2) se les caigan de los ojos á sus actuales perseguidores las escamas de las prevenciones infundadas que les impiden ver el gran mal que hacen y el sumo bien de que se privan; que nuestra atribulada España recobre la energía que ha perdido y con ella la prosperidad en todas las esferas de la vida.

(1) Rom. XIII. 15.

(2) Act. Apos. IX, 1.

Tales son, venerables hermanos y amados hijos, los vehementes deseos y ardientes aspiraciones de vuestro nuevo Prelado, que con toda la efusión de su alma os bendice en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Ciudad-Real á tres de Mayo, Fiesta de la Invención de la Santa Cruz, de mil ochocientos noventa y nueve.

† CASIMIRO, OBISPO-PRIOR
DE LAS CUATRO ÓRDENES MILITARES.

Por mandado de S. Excia. Hma. el Obispo-Prior, mi Señor,
DR BALDOMERO INCLÁN,
Canónigo Lectoral, Secretario.





1013457

SECCION LOCAL

S.L.C. 1-10



